

III.^a

SOBRE EL LIBRO DE MARCO POLO.

Guardan nuestras bibliotecas y archivos tantos y tan preciosos monumentos, testimonios irrecusables de los grandes esfuerzos hechos por nuestros abuelos en las vías de la civilización, que no sin fundamento pudiera decirse que son todavía ignorados muchos de los más legítimos títulos, que tienen aquellos á la estimación y al respeto de las presentes generaciones. Contrasta á menudo la importancia de estas no quilatadas joyas con la incomprensible indiferencia que las ha condenado hasta ahora al olvido; y sube de punto el sentimiento, que produce en nosotros semejante abandono, cuando volvemos la vista á contemplar el ejemplo de los pueblos, menos favorecidos del cielo, que sacan diariamente á luz todo linaje de producciones históricas y literarias, y cuando reparamos en que han podido ejercer las desdeñadas por nosotros, alta influencia en los destinos de las modernas sociedades.

Singular estimación deberían tener en verdad aquellos documentos que señalasen, en su época respectiva, nuevos derroteros en los mares de las ciencias ó de la política; y ninguna más estimable bajo este concepto, entre los que nos lega la edad media, que el libro, cuyo título hemos puesto al frente de estas líneas. Aquellas regiones que determinaban los últimos confines de mundo antiguo, y cuya existencia no sospechaba siquiera la adormecida Europa; el imperio desconocido de los Birmanes; Pekin, Canton, Java, Sumatra, despertaron al ser oídos sus nombres, la admiración de los que se preciaban de geógrafos, y por la vez primera comenzaron á figurar en el mapa universal la Tartaria, la China, el Japon, las islas del Oriente y la extremidad del África, que desde aquel momento intentaron doblar osados y expertos mareantes. *El Libro de Marco Polo* aparecía en la re-

pública de las letras y de las ciencias con el destino providencial de preparar los dos más grandes y trascendentales descubrimientos geográficos de los tiempos modernos, y la gloria inmarcesible de estos portentosos hechos estaba reservada á la Península Ibérica: Vasco de Gama realizaba el sueño dorado de los más ilustres marinos, abriendo á Portugal el camino de las *Indias Orientales*: Cristóbal Colon daba á la corona de Castilla un *Nuevo Mundo*.

Y sin embargo el *Libro de Marco Polo*, esto es, la redacción ó versión castellana, que pudo contribuir y contribuyó sin duda á hacer popular entre geógrafos y mareantes españoles la idea de aquellas inmortales expediciones, yace de todo punto ignorada en nuestras bibliotecas. Sábese que el famoso viaje del ciudadano de Venecia fué una y otra vez escrito en lengua francesa á fines del siglo XIII y principios del XIV: sábese que por este medio fué rescatada del olvido la memoria de las maravillosas relaciones hechas verbalmente á sus compatriotas por aquel afortunado mercader, que iba á vincular para siempre su nombre en la historia de las ciencias. Rusticiano de Pisa, celebrado abreviador de las ficciones caballerescas, y entre ellas de los amores de *Lanzarote del Lago*, origen del bellissimo episodio de *Francesca de Rimini* en la *Divina Commedia*¹, preso el 8 de setiembre de 1298, al par que Marco Polo, por la armada vencedora de los genoveses, es encerrado con tan esclarecido viajero en los calabozos de aquella República, oyendo de sus lábios la narración de las peregrinas aventuras, que le habian acaecido en la India. Marco Polo desconoce el arte de escribir; pero con aquel entusiasmo del veterano que refiere, ya en avanzada edad, sus primeras campañas; con aquella satisfacción de quien excita siempre en los oyentes honda admiración y respeto, cuenta á Rusticiano cuanto ha visto, cuanto ha hecho él mismo en las regiones desconocidas del Oriente; y el afamado rapsoda, que ve palidecer ante aquel portentoso relato las fantásticas y aplaudidas imaginaciones del mundo caballeresco, se apresura á ponerlo en la lengua de los poemas carlovingios, imaginando sin duda que ven-

¹ *Inferno*, capit. V.

cería su reputación, en lo sucesivo, la más alta reputación de los cantores de Roldán y de Carlo-Magno. Ocho años adelante, restituido ya Marco Polo á la libertad, refería de nuevo en Venecia al caballero Tibaldo de Cepoy sus trabajos y aventuras; y corregido el texto de Rusticiano á presencia del mismo Polo, era presentado poco despues á Carlos de Valois, que aspirando á reclamar el imperio de Constantinopla, cuyos derechos le habia traído en dote Catalina de Courtenay, emperatriz titular de los griegos, buscaba con avidez cuantas noticias pertenecian al Oriente.

Ninguna huella, ninguna influencia hallamos de estas redacciones del *Libro del Marco Polo*, que han corrido muy desigual fortuna hasta en el suelo de Francia¹, en la literatura española, durante la primera mitad del siglo XIV. No así en el último tercio de aquella memorable centuria. Un varón respetable por su esfuerzo y su virtud, digno de duradero aplauso por su amor á las letras y levantado por su nobleza á la suprema gerarquía de la milicia hospitalaria de San Juan de Jerusalem, conoce en sus viajes el *Libro de Marco Polo*, y quiere que los portentos, que encierra, sean admirados en su lengua nativa. Don Frey Juan Fernandez de Heredia, maestro de aquella inclita Órden, para quien son los estudios históricos noble incentivo y deleitoso descanso de áridos y trascendentales cuidados políticos, acomete pues la empresa de poner en castellano las narraciones maravillosas de la India Oriental; y mientras recoge en abundante y precioso repertorio, hasta ahora desconocido de los eruditos, la *Flor de las Historias de Oriente*, reserva el *Libro de Marco Polo* para que sirva de remate y corona á tan peregrina compilación, que, unida á sus *Crónicas*, constituye uno de los más claros títulos de la cultura española en los tiempos medios.

Quilutados dejamos ya el valor especial de cada una de

¹ La redacción de Rusticiano, más incorrecta y ruda que la de Cepoy, ha sido publicada por la Sociedad de geografía de Francia, quedando la segunda inédita. Mr. Paulino Paris, nuestro especial amigo, á quien despues citaremos, se duele de esta mala elección, manifestando que sólo puede explicarse, suponiendo á los autores preocupados por el deseo de publicar el texto más antiguo.

estas producciones¹. Cumpliéndonos aquí ilustrar especialmente el *Libro de Marco Polo*, traído á lengua castellana por tan ilustre aragonés, recordaremos que existe por ventura en la renombrada Biblioteca del Escorial, bien que no ha podido ser conocido por quien no haya gastado largos años en el exámen de los códices que tan rico depósito encierra, merced á la viciosa é insuficiente disposición de sus antiguos índices. Compréndese, como en otro lugar advertimos, en el códice signado Z. j, 2., y ocupa en dicho volumen desde la foja 58 á la 104 *inclusive*: está escrito en blanca y hermosa vitela, formado á dos columnas, en fólío, de clara, grande y bella letra del siglo XIV, como todas las obras de don Frey Juan Fernandez de Heredia, cuyo retrato de gran maestro se mira en la primera plana de todos sus MSS. Al fólío 58 indicado, hallamos el siguiente sencillo epígrafe: AQUÍ COMIENZA EL LIBRO DE MARCO POLO, CIBDADANO DE VENECIA.

Mas ¿qué es el *Libro de Marco Polo*?... ¿Era su viaje el primero hecho á las regiones orientales?...

Contábase el año de 1270, cuando dos mercaderes venecianos, llorados largo tiempo habia por su familia, tornaban al hogar doméstico despues de tres lustros de ausencia, llenando de admiración á sus compatriotas, que acudian en tropel á saber de sus labios las aventuras que habian corrido en sus peregrinaciones. ¿De dónde venian?... ¿Quiénes eran?... Albergados en un palacio hereditario de la barriada de San Juan Crisóstomo, supose muy luego que eran Maffeo y Nicolao Polo, hermanos, que tenian casa en Constantinopla de muy antiguo y que, aventurándose á pasar á la Soldachia (Sudac), abandonaron á Bizancio, sin dar despues cuenta alguna de sus personas. Con deseo del logro y no mal abastecidos de joyas, habian partido en efecto de la extremidad meridional de la Crimea, encaminándose á las orillas del Volga, donde fueron bien recibidos de un nieto

¹ Cap. V. de este tomo. Ni Ticknor ni sus traductores, han hecho mención de estos monumentos, y el único autor que cita una de las *Crónicas* á que aludimos, lo hace de tal modo, que prueba no haberla hojeado siquiera. De esto hay mucho en lo historia de nuestras letras.

de Gengis-Khan, cuya mala suerte ponía á poco su imperio bajo el yugo de los tártaros, obligando á los mercaderes á pasar el Volga y á internarse, tocando los confines septentrionales del mar Caspio, en los dominios de la Persia, cuya principal ciudad, Buckara, les daba albergue por el espacio de tres años, si bien deseaban siempre volver á Europa.

Un accidente inesperado dificultaba más y más este intento: enviado por el nuevo emperador de los tártaros occidentales al Gran-Khan un embajador extraordinario, para arreglar sus relaciones, paró en Buckara algunos días, llegando á su conocimiento con no poca sorpresa que existían en el centro del Asia dos mercaderes europeos, los cuales hablaban fácil y correctamente el *tártaro*: quiso verlos, y al confirmarse en la exactitud de la noticia, les ofreció presentarlos en la corte del emperador del Catay:—«El señor del mundo (les dijo) nunca ha visto *latinos*; pero le han inspirado con frecuencia el deseo de verlos. Si venis en acompañarme, obtendréis en su corte tanta honra como provecho». Maffeo y Nicolao cedieron á la tentación, y al cabo de doce meses fueron, en efecto, presentados al Gran-Khan, quien admirado á su vista, les hizo mil y mil preguntas sobre las costumbres, el gobierno y la religion de los cristianos. Satisficieron los mercaderes á estas demandas de tal manera, que encendido en el emperador el anhelo de conocer los misterios de la fé católica, les rogaba muy ahincadamente que tornasen á Italia y que llevaran cien teólogos para disputar con los doctores de su ley sobre cuál era la verdadera. Colmados de riquezas y armados de un seguro imperial, que consistía en una laminilla de oro, manera de talisman que debía asegurarles la protección y el respeto de todas las naciones sometidas á los tártaros, tomaban la vuelta de Europa; y despues de dos años de camino, llegaban á la Siria, y embarcados en San Juan de Acre, aportaban por último á Venecia.

Maffeo y Nicolao habían empeñado su palabra al Gran-Khan y venían con la firme resolución de cumplirla. A fines de 1271, se hacían de nuevo á la mar, en busca del gran Catay; pero esta vez no iban solos. A una breve comitiva de criados, que el cebo de las riquezas hacia sumisos y devotos, se habían agre-

gado dos frailes predicadores que gozaban alta reputación de teólogos, y con ellos un joven de diez y siete años, en quien brillaban ya las insignias de bachiller en artes, avalorando sus extraordinarias dotes naturales y dando esperanzas de lo que debía ser, llegando á edad granada. Llamábase este joven Marco Polo, y había nacido pocos meses despues de la primera ausencia de Nicolao, su padre. Formada así la comitiva de los dos mercaderes, atravesaron estos la Persia y aun la China, de Oriente á Occidente, y llegaron por último á las fronteras del imperio, hallando en Clemen-Fú al Gran Kan, cuya admiración y alegría corrieron parejas, al verlos de nuevo, deseando vivamente saber quién era el joven que los acompañaba. Manifestábase Nicolao que era su hijo, añadiendo que desde aquel momento le ponía bajo su protección y tutela; y tan pagado se mostró el emperador de esta gallarda y discreta respuesta que le concedía al punto lugar distinguido entre sus privados, colmándole de beneficios y poniendo á su cuidado árduas y difíciles empresas. Tan honrado se juzgó también Marco Polo, al contarse entre los dignatarios del Gran Khan que desde entonces antepuso á su nombre el título de *Micer ó Monsignor*, usado á la sazón únicamente por nobles y caballeros.

•Fácilmente se acomodó Micer Marco Polo á las costumbres del Catay (escribe un digno miembro del Instituto de Francia¹). En poco tiempo aprendió varias lenguas y supo usar cuatro diversas escrituras. Era por extremo prudente; y cuando el emperador le vió tan cumplido, le encomendó una misión de confianza en una provincia, cuya distancia se calculaba por seis meses de camino. Era esto cuanto ambicionaba el joven; su mayor felicidad consistía en ver mucho, para tener mucho que contar.... Demás de otras varias comisiones análogas, desempeñó Marco Polo el cargo de Gobernador de provincia; siguió al Gran Khan

1 Tenemos á la vista una curiosa, aunque breve memoria del muy docto Mr. Paulino Paris, conservador de la Biblioteca Imperial, la cual fué presentada al Instituto de Francia el 25 de octubre de 1850, con el título de: *Nouvelles recherches sur les premières rédactions du Voyage de Marco Polo*. De este apreciable trabajo tomamos las líneas entrecomadas.

»en las guerras; y los anales de la China, de acuerdo en este punto con su libro, atestiguan que la ciudad de Siang-Yang-Fú, rebelada hacia muchos años, no pudo resistir el uso de ciertas máquinas trazadas y ejecutadas bajo la dirección de los tres negociantes latinos».

A describir tan apartadas regiones, teniendo en cuenta la religión, los usos, costumbres y administración de aquellos pueblos y tomando en consideración las fuentes agrícolas y comerciales de las comarcas por él visitadas ó gobernadas, se encaminaba el *Libro de Marco Polo*. El código español que en su lugar examinamos, se compone de sesenta y cinco capítulos en el orden siguiente:

- I. De la provincia de Sannilis.
- II. De la provincia de Quindis.
- III. De la ciudad de Campion.
- IV. De la ciudad de Esmagui, que al cabo del desierto.
- V. De cómo fizieron senyor á Cagiscan.
- VI. Cómo los tártaros están volonterosamente en lugares planos.
- VII. De la husanza et maneras de los tártares et de lur ley.
- VIII. Cómo los tártares grandes senyores se façen soterrar en el Cayan.
- IX. De cómo ome parte de Campicuy, troba onbre grandes peligros.
- X. De la provincia de Tendut, en la qual ha villas assaz.
- XI. De la ciudad de Siendi, la qual el grant Chan hizo fer.
- XII. De cómo el grant Chan está en la ciudad de Guambalech.
- XIII. De la hueste del grant Chan de lo que hizo après.
- XIV. De cómo el grant Chan faze grandes, quando tiene puesta su taula.
- XV. De la fiesta que facen los tártares al dia que nacen.
- XVI. De la ciudad de Guambalech.
- XVII. Cómo el senyor de los tártares enbió Marco Polo.
- XVIII. De la ciudad de Scazianfú, que en el Cathay.
- XIX. Cómo partiendo de Cazianfú, se troban muchos logares.
- XX. De la provincia de Atalech.
- XXI. De la provincia de Sardanfú.
- XXII. De la provincia de Letabeh.
- XXIII. De la provincia de Canda.
- XXIV. De la ciudad de Carian.
- XXV. De las encontradas de Bagall.

- XXVI. De una aballada que se troba, partiendo de Sardanfú.
- XXVII. De la provincia de Galla.
- XXVIII. De la provincia de Aniu que de vers leuante.
- XXIX. De la provincia de Coloman.
- XXX. De la provincia de Sangui.
- XXXI. De la ciudad de Carianfú.
- XXXII. De la noble ciudad de Singuinimar.
- XXXIII. De la grant provincia de Daumangui.
- XXXIV. De la ciudad de Quinssay.
- XXXV. De la ciudad de Doygangui, que al entrar de la provincia de Daumangui.
- XXXVI. De la provincia de Sangui.
- XXXVII. De la ciudad de Cugur.
- XXXVIII. De la ciudad de Singuy.
- XXXIX. Del Realme de Cunigui, que muy rico et delectable.
- XL. Del Realme de Tunguy.
- XLI. De las maneras de la India.
- XLII. De la ciudad de Tupangui.
- XLIII. De la isla de Siamba.
- XLIV. De la ciudad de Malem.
- XLV. De la isla de Janmea.
- XLVI. De la isla de Seilam, et tróbase la provincia de Malabar.
- XLVII. De los Abamius, onde es el cuerpo de Sant Tomás.
- XLVIII. Del Realme de Cumian.
- XLIX. Del regno de Clevi, que en vers poniente.
- L. Del regno de Gafur.
- LI. Del regno de Gananbusch.
- LII. Del regno de Gemanant.
- LIII. De la alta mar, en que ha dos provincias.
- LIV. De la isla de Scoyra.
- LV. De la isla de Machiscar.
- LVI. De la isla de Tanguibar, que es muy grant.
- LVII. De la provincia de Habetes, que mediana India.
- LVIII. De la grant provincia de Aden.
- LIX. De la ciudad de Alhier.
- LX. De la noble ciudad de Gudufar.
- LXI. De la grant ciudad de Palatú.
- LXII. De la grant plaza de Jemous.
- LXIII. De las gentes de Turqueman, et cómo adoran en Mahomet.
- LXIV. De la grant Erminia, que grant provincia.
- LXV. Como los georgeanos son de yuso de la senyoría de los tártares.